

# EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

## PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.—Un número suelto un real.



La jóven le condujo á aquel jardín inculto y poblado. (Pag. 162, col. 3).

### SUMARIO.

EL PAJE FLOR-DE-MAYO, por M. Ponson du Terrail.  
LOS ZAPATOS DEL GRAN CORNEILLE, por M. Pablo de Lascoux.  
MADAMA DE POMPADOUR EN COMPIEGNE Ó LA SOBRINA DE POUSSIN, por A. de Bas.  
VIAJES: DIARIO DE UNA INSTITUTORA EN RUSIA, por la senorita Maria Neville.  
LA CIENCIA PARA TODOS.

### EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. PONSON DU TERRAIL.

#### PRIMERA PARTE.

#### I.

QUE ERA LA CASA CERRADA.

En el año de gracia de 1664 habia en Blois en una callejuela de la ciudad alta, inmediata al castillo, una casita de modesta apariencia, á pesar de tener un escudo sobre el arco de la puerta de entrada, cuyos postigos permanecian

herméticamente cerrados por el lado de la calle, y extenderse á sus espaldas un inmenso jardín.

El escudo indicaba que aquella morada era nobilísima; el frondoso jardín, descuidado y abandonado á los cuidados del azar y de la naturaleza, podía atestiguar que los dueños de la casa tenían una escasa servidumbre; y, respecto á esa obstinacion misteriosa que parecia guardar en no mostrarse nunca en las ventanas, era suficiente para que las malas lenguas, las comadres y los ociosos del vecindario creáran poco á poco las mas singulares y romancescas historias.

Esta casa, que se designaba en Blois por la *Casa cerrada*, hacia veinte años que estaba sin embargo habitada y pertenecía al presente al caballero Enguerrando de Chastenay, noble del país bloisense, antiguo capitán de caballería en el reinado del Bearnés y de su hijo Luis XIII.

Casóse el capitán al frisar en los cincuenta años, comprando en Blois la casita de que

acabamos de hablar; de su union tuvo primeramente una niña, que por haber nacido en pleno junio, determinó el padre darle el nombre de Coronilla.

Coronilla habia crecido en medio de este vasto jardín, libre como las coronillas de los campos, de las cuales llevaba el nombre. A los diez años era una jovencita encantadora, blanca, con ojos negros y labios de rosa, en los cuales vagaba sin cesar una cancion.

A los quince, perdió la frente de la niña su brillo, su labio se puso serio, una madurez prematura pareció querer completar esta hermosura maravillosa. De repente la jóven se convirtió en mujer. Dos causas, una desgracia y una alegría, contribuyeron tal vez á ello.

Coronilla tenia cerca de doce años cuando la casita de su infancia aumentó con un nuevo huésped. Madama de Chastenay, que contaba entonces cerca de treinta y cinco años, dió un hermano á Coronilla, y este hermano recibió el nombre del mes en que nació, llamándosele Flor-de-Mayo.

Inmensa fué la alegría de la jóven: tenia un hermano, fué su madrina, jugó pronto á la madrecita y abandonó sus muñecas por la cuna de Flor-de-Mayo.

Esta fué la primera transición entre la infancia bulliciosa y risueña de Coronilla y su adolescencia más seria. A los quince años la jóven perdió á su madre, su frente se sombreó entonces y la jóven se hizo mujer; el dolor hace madurar pronto!

Tres años trascurrieron aun; el viejo capitán, tullido de reumatismo, no salía nunca de la casita, pero los bloisenses veían en la iglesia, todos los domingos, á la hermosa Coronilla acompañada de un criado y llevando de la mano al pequeño Flor-de-Mayo, que era el niño más hermoso, blanco y rosado que se había visto nunca.

La hermana mayor hacia las veces de madre.

Por la tarde, los vecinos cuyas ventanas caían el extenso jardín de la casita veían algunas veces, á través de las cortinas de álamos que le rodeaban, á la jóven y al niño jugando y trasgucando, mientras esta ponía sobre sus rodillas y besaba con amor los bucles castaños y rizados de la larga cabellera de Flor-de-Mayo. Pero un día, un domingo, el niño se presentó solo á oír misa en la antigua catedral, y se supo que Coronilla había marchado de Blois para ir á pasar algunos días en la Turena en casa de una hermana de su madre.

Luego, al cabo de un mes, volvióse á ver al niño todavía solo; estaba triste y vestía de negro, y esparcióse el rumor en Blois que Coronilla había muerto y Flor-de-Mayo llevaba luto por ella.

Cerca de diez años trascurrieron; el viejo capitán murió, dejando á su hijo una modesta herencia, una carta de recomendación para M. de Mazarino, que gobernaba entonces la Francia, y llevando de Flor-de-Mayo la promesa de que, al cumplir diez y ocho años, iría á París á servir en el ejército del rey Luis XIV.

Después de la muerte de Coronilla las ventanas que caían á la calle no se abrieron; el jardín, cuidado y arreglado en otro tiempo, estaba inculto, y los álamos habían crecido é interceptaban la vista á los vecinos.

Desde entonces se dió el nombre de *Casa cerrada* á la morada del difunto señor de Chastenay.

Para los bloisenses, la casa cerrada no encerraba más que tres huéspedes: Flor-de-Mayo, un criado viejo y una ama de gobierno más vieja aun, que había sido nodriza de la difunta madama de Chastenay.

Sin embargo, la crónica misteriosa del cuartel pretendía, á pesar de no haber visto salir mas que estos tres personajes de la casa cerrada, que en ella habitaba otra persona.

Afirmaban algunos vecinos que en una noche de invierno, tempestuosa y sombría, habían resonado las pisadas de dos caballos en la puerta de la casita. Los que, más curiosos que los otros, se asomaron á sus ventanas, pudieron ver entonces, á través de las tinieblas, á un caballero y una dama vestida de negro. Apeóse esta y levantó el picaporte, la puerta se abrió, volviéndose á cerrar en seguida.

Respecto al caballero había vuelto grupas llevándose el caballo de la amazona.

Todo esto había pasado como un rayo, y después de este tiempo las habladurías y los comentarios habían hecho su curso, pues nunca se había visto aparecer á la dama misteriosa vestida de negro. Según unos era el fantasma de Coronilla, que había querido volver á ver su cuna y su querido Flor-de-Mayo; según otros era una mujer en carne y huesos.

Pero ¿quién era esta mujer?

El viejo Antonio y Mariana, el ama de gobierno, interrogados sucesivamente, abrieron en extremo los ojos pretendiendo ignorar el asunto de que se les hablaba.

Respecto á Flor-de-Mayo estaba más alegre y animado, por lo que las malas lenguas del vecindario sacaron la consecuencia de que el jóven ocultaba en su morada una querida que había abandonado por él á un esposo regañón, malhumorado y viejo.

Flor-de-Mayo frisaba en los diez y ocho años y era alto, esbelto, blanco y rosado como una niña, y atrevido é ingenioso como un paje.

Más de una dama, asomada en su balcón al declinar el día, sonreíase al verle pasar; y más de un elegante envidiábase su aire vistoso, sus maneras nobles y su semblante franco y resuelto. Cuando pasaba por las calles de Blois con su espada al lado, la gorra inclinada hacía la oreja, la cara descubierta y la travesura en los ojos como un hombre que va en pos de aventuras, el pueblo le saludaba y murmuraba por lo bajo:

«Hé ahí el hidalgo más gallardo que ha visto nunca la ciudad de Blois.»

Cuando en la provincia ó en las ciudades inmediatas se celebraba alguna fiesta ó tenía lugar una carrera de caballos ó un *perdon*, allí se presentaba Flor-de-Mayo con todo el donaire ingenuo de sus diez y ocho años y su indiferencia burlona.

Al dejar el umbral de la puerta de la casa cerrada, Flor-de-Mayo era sin disputa el más alegre, más bullicioso y más loco de los jóvenes nobles bloisenses; pero una vez en su casa, nadie sabía ya lo que hacía ni en qué empleaba el tiempo.

A pesar de que iba á todas partes, penetrando en todas las quintas de los alrededores, jamás convidó á nadie á que fuese á verle en su casa. Una respuesta evasiva, un fruncimiento de cejas le bastaban para cerrar la puerta á todo el mundo.

Después de la muerte del señor Enguerrando de Chastenay, nadie había puesto los pies en la casa cerrada.

Una tarde de mayo, á la hora en que el sol declina hacía el horizonte, en que los perfumes se derraman sobre las alas de las brisas á través del follaje, mientras que las curruacas cantan en los matorrales floridos, el doncel dejó el patio del juego de pelota del castillo de Blois, en donde la jóven nobleza se entregaba á esta noble diversión, y, con su capita sobre los hombros, su espada al lado y su gorra encima la oreja, internóse en la tortuosa callejuela en cuyo extremo se encontraba su casa.

Flor-de-Mayo dió tres golpes, y en seguida abrióse una portezuela colocada en medio de la puerta principal presentándose la apergamina da figura del viejo Antonio; la portezuela volvió á girar sobre sus goznes. El jóven dió familiarmente en el hombro del criado, y, mientras que este cerraba prudentemente la puerta, dirigióse aquel hacía una salita situada en el piso bajo de la casa y cuyas ventanas caían al jardín. En esta sala, sentada en un gran sillón de vieja encina, estaba una mujer enteramente enlutada.

Esta mujer era jóven y maravillosamente bella. Tal vez contaba veinte años, acaso había llegado ya á los treinta.

Algunos de esos pliegues imperceptibles que anuncian los sombríos huracanes del corazón surcaban su frente blanca y mate como el marfil, un ligero círculo azul rodeaba sus grandes ojos negros, dejando adivinar tal vez esas lágrimas nocturnas que vierten, silenciosas é ignoradas, las que han amado y sufrido.

Una triste y dulce sonrisa, esa sonrisa encantadora y melancólica á la vez, que expresa las decepciones de los que abrigaron un tesoro de fe, vagaba algunas veces por sus labios, de un exquisito contorno. Esta mujer era alta, delgada, algo flaca y hermosa, de esa hermosa altanera, afligida, que seduce la imaginación de los poetas dejándoles adivinar misteriosos sufrimientos.

A la vista de Flor-de-Mayo levantóse á medias, echóse atrás los lustreros y negros rizos de su cabellera que caían con profusión sobre sus espaldas, abrió los brazos, y estrechando entre ellos al adolescente, le besó con ternura en la frente.

—Buenos días, hermanito, le dijo: ¿de dónde venís, mi hermoso caballero? Estais sudado y vuestros vestidos llenos de polvo...

—Hermanita, contestó Flor-de-Mayo devolviendo sus caricias á la jóven, vengo del juego de pelota. He ganado tres partidas seguidas al vizeconde de Alzay, á pesar de su habilidad en este juego.

—Loco! murmuró la jóven, ignoras cuán peligroso es este ejercicio... Causó la muerte al rey Carlos VIII.

—Porque bebió un vaso de agua fresca, res-

pondió Flor-de-Mayo riendo; pero yo no la cato nunca; ¡bah!

Una sonrisa pasó por los labios de la mujer enlutada.

—¿Me amas mucho, mi pequeño Flor-de-Mayo? dijo ella.

—¡Oh! si te amo.... mi adorada Coronilla, murmuró; pero te amo como á mi hermana, como á mi madre, como á nuestro padre que te creía muerta y que tan á menudo te lloraba.

A esta palabra padre, estremeciése la jóven y una mortal palidez cubrió su semblante.

—Mira, mi querida Coronilla, continuó Flor-de-Mayo con entusiasmo, si alguien se atreviese á penetrar hasta aquí en donde quieres vivir oculta, le mataría; si un hombre te hubiese ultrajado, le haría trizas.

—Niño! murmuró Coronilla, pues era ella, mientras que una lágrima rodaba de sus grandes ojos negros, dulces y tristes. Después, acariciando con sus blancas y largas manos los cabellos castaños de Flor-de-Mayo, le dijo:

—Ven, hermanito, vamos al jardín, debajo de aquellos grandes árboles en donde jugamos en otro tiempo; quiero conversar contigo.

La voz de Coronilla tenía una especie de solemnidad que sorprendió á Flor-de-Mayo.

—¿Qué es pues eso tan formal que tienes que decirme, hermanita? preguntó.

—Ven, dijo Coronilla con emoción, quiero hablarte de nuestro padre.

Flor-de-Mayo inclinó la frente á este recuerdo, y no vió aquella lágrima que se desprendía de los ojos de Coronilla y que cayó ardiente sobre su mano.

La jóven le condujo á aquel jardín inculto y poblado, que ostentaba una vegetación cuya fuerza y esplendor eran solo debidos á la naturaleza, hizole sentar en un banco de césped al pié de un olmo secular, y tomando su mano como lo hubiera hecho una madre:

—¿Sabéis, mi hermoso caballero, le dijo, que hoy es el 11 de mayo, y que mañana al amanecer cumplireis diez y ocho años?

—Y bien? preguntó Flor-de-Mayo que tembló á estas palabras.

—¿Te acuerdas de la última voluntad de nuestro padre?

—Sí, contestó Flor-de-Mayo; mi padre en su lecho de muerte me mandó que al cumplir diez y ocho años partiera para París, con objeto de entregar una carta suya á monseñor el cardenal Julio de Mazarino, y solicitar de su eminencia el favor de entrar en el servicio.

—Esto es, murmuró Coronilla; la memoria te es fiel. Pues bien, hermanito, la hora ha llegado y es preciso partir.

—Pero, exclamó Flor-de-Mayo, cuando nuestro padre me hizo prometer eso, querida hermanita, era porque te creía muerta, é ignoraba que un día volverías cerca de tu querido Flor-de-Mayo, y que entonces él no podría partir, pues nuestro buen padre sabía cuanto te amaba. Vamos, ¡cuán feliz debe haber sido viéndote desde el cielo, en donde está sin duda alguna, volver á casa y abrir tus brazos á este hermano que tanto amabas! pero estás loca, hermanita.... ¿No sabes que somos tan felices aquí que los ángeles deben envidiarnos?... Y ¿qué será de tu Flor-de-Mayo que tanto te ama si quieres que te abandone para correr el mundo?

Y Flor-de-Mayo se arrodilló ante su hermana, que le había hecho veces de madre, y tomando sus blancas manos entre las suyas las cubrió de besos.

Una lágrima silenciosa rodó por las pálidas mejillas de Coronilla.

(Se continuará.)

### LOS ZAPATOS DEL GRAN CORNEILLE.

POR M. PABLO DE LASCAUX.

#### III.

Nadie ignora que el gran Corneille, el padre de la tragedia francesa, vivió siempre en la modesta oscuridad que alcanza en el día un empleado subalterno. Cuando el poeta abandonó la habitación que tenía en el teatro, alquiló una humilde guardilla que no dejó hasta

su muerte, y aunque es cierto que el repertorio del autor del Cid hubiera producido la cantidad suficiente para atender á sus modestos gastos si los derechos de autor se hubiesen reconocido como en nuestros dias, no sucedió así, de modo que en tanto que el público aplaudía los *Horacios*, *Cinna*, e. *Mentiroso* y *Poliuto*, Corneille vivía retirado en su pobre guardilla haciendo esfuerzos para buscarse la subsistencia por algun medio honroso.

Con esta aclaracion es fácil comprender el significado de la respuesta que dirigía á los indiscretos que sobre este punto le interrogaban.

—Abandono la partida; la poesía se me va al mismo tiempo que mis dientes.

Su poesía se habia ido en efecto porque con la vejez se habia asustado de la miseria! Pedro Corneille era afortunadamente uno de esos seres extraordinarios que saben sobrellevar con resignacion y con nobleza las penalidades que place al cielo enviarles, y puede decirse de él con razon que era una de las fuerzas de la naturaleza. No le faltaba valor ni filosofía. El que hubiere encontrado en la calle al gran poeta con su traje raído, su peluca despeinada y sus zapatos remendados, de seguro que se hubiese resistido á creer que fuese una de las glorias nacionales de Francia.

Cuando Corneille se despidió del teatro, dió tambien el postrer adios á los cortesanos que le adulaban, porque el genio es un trono, y excepto algunos pocos amigos literatos, el poeta no recibía á nadie, y saboreaba con su hermano Tomás los tranquilos gozes de la familia. Su esposa, que era hermana de la de su hermano, dulcificaba la amargura que cuando menos pensamos se introduce en la vida de los pobres, y ambos matrimonios hacían sacrificios á la amistad como los hicieron al amor en los serenos dias de su juventud.

El hombre que habia expresado con tanto acierto las pasiones yacia en una indigencia tranquila y seguía el camino del sepulcro con calma y serenidad, lo cual demuestra, como tantas veces lo han demostrado otros ejemplos, que el genio es la esencia de la virtud.

Mucho tiempo hacia que el autor de tantas obras maestras se hallaba en esta precaria situacion, cuando llegó á noticia de Colbert, y pesaro el ministro de la desgracia del poeta, y mas aun de su obstinado silencio, habló de ello á Luis XIV y obtuvo autorizacion para regalar doscientos lises á Corneille.

Este dinero causó al literato una agradable sorpresa, porque representaba fuego para el invierno, abrigos, pan y finalmente todo lo que le faltaba con tanta frecuencia.

Habia trascurrido un mes desde que Taupin recibiera la visita del escritor cuando entró este una noche en la tienda del zapatero.

—Soy yo, dijo con su habitual sencillez, acercándose á la mesa ante la cual trabajaban el padre y la hija con el mas profundo silencio.

Al oírle, se levantó Taupin y saludó respetuosamente al poeta mientras le ofrecía un asiento. Marta lanzó una exclamacion de sorpresa y dirigió los ojos á su labor. El anciano adivinó de una mirada que la alegría del padre y la esperanza de la hija habian desaparecido desde su visita, y que Taupin no habia revocado su sentencia.

—Creo que he llegado á tiempo, murmuró, para restituir á estos pobres la alegría.

—Sentaos, caballero, dijo Taupin con ademán grave que le daba un aspecto grotesco; venís sin duda á renovar el remiendo...

Y dejando el zapato en que trabajaba se mostró dispuesto á remendar por segunda vez el calzado del poeta. Marta acercó en tanto un taburete y expresaba con su sonrisa la alegría que sentía al volver á ver al anciano. ¿Acaso no habia sido el defensor de su amor?

—No, respondió Corneille sonriendo, yo he reparado los desastres causados por el tiempo.

—¿Será posible? preguntó Taupin absorto, vos habeis...

—Sí, yo mismo he remendado mis zapatos como he podido.

—¿Vos, señor?... dijeron á un tiempo padre é hija.

El gran poeta se sonrió, y Taupin y Marta admiraron tan noble resignacion.

—¿Qué quereis que hiciera! añadió el an-

ciano; es preciso acomodarse á las circunstancias así como se presentan. Las horas que pasamos en la tierra son de prueba, y la verdadera ciencia consiste en saberlas emplear bien.

—Y yo que creía haber conocido la miseria! dijo Taupin en voz baja.

Corneille oyó estas palabras pronunciadas discretamente, y como si deseára ahuyentar de su mente las ideas tristes, se volvió con rapidez hácia Taupin y le dijo sin rodeos:

—Maese Taupin, ¿cuánto dote habia de tener M. German Bernois para lograr la mano de vuestra hija?

Al oír Taupin esta pregunta brilló en sus ojos una ráfaga de ira y Marta se estremeció involuntariamente.

—¿Ha renunciado acaso M. German Bernois á su proyecto? preguntó el poeta mirando alternativamente á Taupin y á su hija.

—No lo sé, respondió Taupin, porque no viene á vernos.

—¿Por qué no viene á veros?

—¡Ah! no viene, señor, murmuró Marta, porque mi padre le ha despedido.

—Le ha despedido! repitió Corneille con enojo; ¿qué decis á eso, señor Taupin?

—Digo, señor Corneille, que despues de vuestra conversacion reflexioné...

—En tales casos no se reflexiona, señor Taupin, respondió el poeta sonriendo; la reflexion nos arrastra muchas veces á las mayores torpezas. Pero responded á mi pregunta: ¿qué exigís á vuestro futuro yerno?

—La cantidad suficiente para comprar el título de tendero, respondió el padre maquinalmente.

—¿Y á cuánto asciende esa cantidad?

—¡Oh! casi á cincuenta lises, murmuró Taupin.

—Una cosa imposible para German, añadió Marta suspirando.

—¿Solamente cincuenta lises? dijo Corneille irguiendo la cabeza con alegría y abrazando á Marta sin pedirle permiso; ¡ah! voy á hacer felices dos personas antes de bajar al sepulcro! Id á buscar á M. German Bernois.

—Pero no sé donde estará ahora, respondió Taupin estupefacto.

—En su casa, padre, dijo tímidamente Marta que miraba al través de los cristales una débil luz que brillaba en el tercer piso del edificio de enfrente.

Taupin obedeció á Corneille maquinalmente; salió, y Marta esperó con ansiedad el desenlace de esta escena, poniéndose una mano sobre su corazon para contener sus latidos. Pocos momentos despues el zapatero volvió con un jóven de veinte y cinco años cuya fisonomía franca expresaba la bondad y la honradez.

—Jóven, dijo Taupin con un ademán teatral (lo cual demostraba que el zapatero habia sido en otro tiempo cómico aficionado), el gran Corneille desea hablaros!

El jóven saludó respetuosamente al célebre poeta, cuyo aspecto produjo en él poquísimo efecto: es verdad que German Bernois estaba impregnado de ese prosaismo característico del comerciante que impide recibir la menor impresion á la vista de un poeta por grande y célebre que sea.

—¿Habeis preguntado por mí, caballero? dijo con voz grave al anciano; estoy á vuestras órdenes.

—Amigo mio, dijo Corneille impaciente por dar fin á su aventura, ¿amais á Marta?

El jóven se ruborizó.

—Marta os ama...

La jóven se puso pálida.

—Y el señor Taupin os casa. Os mandé á llamar para daros esta noticia.

Taupin y los jóvenes se miraron y les ocurrió la misma idea: ¿si estará loco el buen anciano?

Corneille adivinó sus pensamientos por la expresion de sus rostros y continuó:

—Pero como es costumbre que el novio tenga casa puesta y un caudal para atender al sustento de su compañera y á los hijos que esta le dé, aquí teneis cien lises para comprar el título de maestro tendero...

Oyéronse á un tiempo tres exclamaciones, y German y Marta se arrojaron á los brazos del poeta mientras Taupin murmuraba:

—Verdadero corazon de poeta! nos dá lo que tanto necesita...

—Pero yo no puedo aceptar, caballero, una cantidad tan crecida, dijo German recobrándose de su primera emocion.

Marta se puso pálida al oír estas palabras que desvanecian su última ilusion.

—¿Por qué razon, amigo mio? preguntó Corneille.

—Porque no me honraba con vuestra amistad ni os conocía...

—¡Eh! dejad á un lado los escrúpulos! Su Majestad me ha enviado doscientos lises y los parto con vos; ¿hay cosa mas sencilla? ¿Preferís tomarlos prestados? consiento. Mañana extenderemos la escritura en casa del notario, y cuando deje de existir, restituireis cuando podais esta cantidad á mis hijos...

—Prefiero hacerlo así, dijo German Bernois, y acepto reconocido vuestro beneficio.

—Quedamos convenidos. Y decidme ahora, maese Taupin, ¿cuánto casareis á estos muchachos? No esperéis...

—Mañana daré los pasos necesarios, dijo Taupin estrechando la mano á Corneille. Solo el genio y la inspiracion hacen estos rasgos...

—¿Y quién habia de decir, caballero, dijo Marta con tímida alegría, que deberia mi felicidad á vuestros zapatos?

Corneille se sonrió al oír la ingenua exclamacion de la jóven.

—Ahora que soy rico supongo que me dareis un buen par de zapatos, maestro, dijo jovialmente.

—Y sin dilacion, caballero, respondió Taupin sacando un excelente par de zapatos que estaban puestos con cuidado sobre una tabla.

—¡Cómo! ¿ya están hechos? repitió el autor. ¿Qué significa?...

—Os los probaremos, dijo Taupin. Marta, ven, ayuda á ponérselos.

La jóven le dió el calzador, ató las cintas haciendo dos lazadas, y cuando acabó su tarea empezó á dar palmadas exclamando:

—Padre, ¡qué bien le caen! ni pintados! Corneille estaba asombrado.

—Quince dias hace que estaba buscando un medio para que aceptaseis estos zapatos, dijo Taupin, pero ni mi hija ni yo atinábamos... y si no hubierais venido esta noche, creo que hubiese renunciado á la alegría que me prometia al hacerlos. Cuando estuvisteis aquí, os tomé la medida sin que lo advirtierais, pero estaban acabados y no me atrevia á llevároslos. ¡Son tan orgullosos los poetas!

Dos lágrimas brotaron de los ojos de Corneille; aquel rasgo de delicadeza conmovió su alma profundamente. El noble artesano conocia cuanta reserva exigia su buena accion, y su regalo era mas precioso para el poeta que los doscientos lises del gran monarca, no porque fuera ingrato con Luis XIV ó mas bien con Colbert, sino porque el dinero no es un gran regalo para el que lo dá cuando puede disponer de él tan fácilmente.

—Acepto vuestro regalo, dijo Corneille; ¿luego no os habiais olvidado de mí?

—Caballero, dijo German Bernois, tengo que pedir os otro favor.

—Os lo concedo desde ahora, amigo mio, con condicion de que me permitais que de vez en cuando abrace á vuestra esposa.

—Con mucho gusto, dijo Marta arrojándose en brazos del anciano.

—¿Y cuál es ese favor? preguntó Corneille preparándose á marcharse porque se hacia tarde, y como todos los viejos, el poeta era aficionado á las delicias del sueño.

—Permitir que ponga en mi tienda por rótulo: *A los zapatos del gran Corneille*.

El poeta salió sin que su conmovion le permitiera responder y llevándose las bendiciones de la familia.

Si el *Monitor de la Zapateria*, que dá calzado actualmente á los literatos, hubiera existido en aquella época, Corneille no hubiese conocido á Taupin.

El 1.º de octubre de 1684, es decir, cuatro años despues del casamiento de M. German Bernois con Marta, hija de Juan Taupin, la Francia perdió uno de sus genios mas ilustres: Corneille murió á la edad de setenta y ocho años.



Hizo salir á la señorita por la tapia del jardín con el auxilio de una esca'a de cuerda. (Pág. 164, col. 3).

Cerca de un siglo despues de su muerte, los transeuntes veian con sorpresa en la calle de San Honorato una tienda de paños sobre cuya puerta se leia este rótulo extraño para semejante comercio :

« A LOS ZAPATOS DEL GRAN CORNEILLE. »

Pero con el tiempo han desaparecido la casa, la tienda y el rótulo, y solo ha quedado la anécdota.

### MADAMA DE POMPADOUR EN COMPIEGNE

ó

#### LA SOBRINA DE POUSSIN.

POR M. AMADEO DE BAST.

III.

EL PABELLON DEL MOGOL.

El pabellon de los Cisnes, que tenia tambien el nombre del Mogol, porque Luis XIV habia mandado colocar en este sitio las rarezas artisticas traídas de la Persia y del Japon por el célebre viajero Tavernier, se hallaba en el extremo oriental del castillo de Compiègne, no léjos de un estanque de mármol dibujado por Lenotre, y en el cual jugueteaban esos brillantes palmídeos que son las gacelas de las aguas. El pabellon de los Cisnes habia sido el punto de cita de caza para las damas en el siglo xvii; habitáronlo una tras otra la señorita de Lafayette, la casta querida de Luis XIII, y madama de Montespan, la altiva favorita de su hijo, y la marquesa de Pompadour se refugiaba en él durante la permanencia de la corte en Compiègne para huir de la cansada turba de aduladores y de las nubes de incienso y de flores que la rodeaban en sus aposentos oficiales.

La favorita de Luis XV habia dado á tan delicioso retiro todo el encanto de la juventud y el brillo de su primitivo destino; al lado de las porcelanas, barnices y vivas pinturas de la China y del Japon, y de las maravillas de marfil, de ébano, de plumas y de seda de los

artífices de Agra y de Ispahan, la marquesa habia inaugurado una preciosa galería que contenia cuadros de las tres escuelas modernas de pintura florentina, holandesa y francesa. Distinguiábase entre aquella confusion de páginas inmortales, en aquella multitud caprichosamente agrupada de obras maestras inapreciables, madonas de Rafael cerca de escenas burlasas de Van-Ostade; fiestas campestres del antiguo Téniers no léjos de suaves composiciones de Lesueur; y los encantadores lienzos de Vander-Meulen, de Mieris, de Rembrand, de Gerard Dow se confundian con los grandiosos poemas de Rubens, de Felipe de Champagne, del Ticiano, del Españolito y del Dominiquino. Finalmente, veíase en medio de todas aquellas concepciones variadas del genio de la pintura, cual en medio de un mar de diamantes se alza una perla en su azulada concha, los pastores de la Arcadia. *El ego in Arcadia!* la sublime idea, el sublime cuadro de nuestro gran Poussin.

Madama de Pompadour estaba sentada delante de un caballete, copiando con ademan pensativo una *Diana cazadora* de Lebrun, y de vez en cuando interrumpia una tarea á que se dedicaba habitualmente con afición para prestar oído á los rumores que salian de los aposentos exteriores. Veíase á su lado con la espada ceñida al talle, el sombrero debajo del brazo y condecorado con el cordon de San Miguel, que acababa de concederle Luis XV, el pintor célebre que la favorita habia elegido por maestro, Carlos Andrés Vanloo. El artista vestia una magnífica casaca de terciopelo negro y un chaleco de paño bordado en oro, y la parte inferior de su vestido correspondia al opulento, elegante y gracioso traje de corte, de que pueden mofarse á su sabor nuestros petimetres modernos, pero que revelaba la urbanidad de nuestras costumbres y la superioridad de la sociedad francesa.

Dos pasos mas allá del caballete y cerca de un balcon que daba á uno de los caminos del bosque, estaba la señorita Mauricia, apoyada en una consola y acechando al parecer con ansiedad la llegada de alguna persona importante.

—¿No ves á nadie, Mauricia? preguntó la marquesa dejando con impaciencia su varilla, su paleta y sus pinceles.

—A nadie, señora; pero aun es temprano, solo son las nueve.

—Las nueve! ¿Y si Lebel ha cercado la casa durante la noche y se opone á la salida de Cecilia?

—No os forjeis, señora, quiméricos temores. Por otra parte, ¿no enviasteis á Laverdure, el mas inteligente y esforzado de vuestros servidores? Dejad vuestra inquietud, que él sabrá frustrar los planes de Lebel, y en caso necesario, dar una buena leccion á sus satélites.

—Sí, pero ¡cuánto escándalo!... y es precisamente lo que quiero evitar, dijo la favorita apoyando su mano blanca y perfecta como la de una Venus antigua sobre la mesita de su caballete.

—¿Queréis, señora, dijo Vanloo, que vaya á esperar á la señorita Cecilia Poussin?

—Nó, nó, querido Vanloo; os necesito aqui. ¿Recordais las instrucciones que os he dado respecto de esa jóven?

—Las recuerdo muy bien, señora, y os las repetiré si lo deseais. Serviros y honrar la memoria de uno de los mas grandes pintores de Francia es una doble mision muy preciosa para un artista para que pueda olvidar una silaba de lo que debo hacer.

—¿Habeis hecho ya todos los preparativos para ese viaje precipitado?

—Todos, señora marquesa; mi silla de posta nos espera en un camino poco frecuentado á trescientos pasos del castillo. La custodian dos criados bien armados y resueltos, y nos espera para partir al momento á todo escape.

—Muy bien, querido Vanloo; gastad lo que se necesite, doblad, triplicad los tiros... pero llegad sobre todo pronto á Italia.

—La señorita Cecilia y Laverdure llegan! exclamó la señorita Mauricia; no temais ya, señora, es nuestra la plaza!

Madama de Pompadour exhaló un suspiro de desahogo levantándose con precipitacion. Tres minutos despues Cecilia y su guia estaban delante de la marquesa.

—Señora, dijo Laverdure con acento de maton de comedia, sabed que Lebel y los suyos custodiaban las avenidas de la casa de esta señorita, pero yo burlé sus ardidés, y entrando en la casa sin ser visto, hice salir á la señorita por la tapia del jardín con el auxilio de esta



Fiesta de aldeanos rusos.

escala de cuerda de que felizmente iba preparado. El primer peligro ha pasado ya, pero Lebel y sus acólitos, cansados de esperar, podrían advertir nuestra fuga y dirigirse hacia aquí, de modo que es preciso tomar las de villadiego cuanto antes, ó de lo contrario nos expondríamos á saludar á M. Lebel y á los suyos á balazos, añadió el criado haciendo chocar las pistolas en sus bolsillos.

Para Cecilia era un enigma cuanto decia el criado, pues la pobre muchacha ignoraba que la hermosura es en muchas circunstancias un peligro, hasta trocarse en causa de deshonra, de vergüenza y de pesar. Por eso preguntó á madama Pompadour cuál era la significacion del extraño lenguaje de Laverdure.

—Hija mia, respondió la marquesa, no solamente os auxilio en este trance sino que os salvo la honra y os conservo el aprecio de vos misma y del mundo. Vais á partir al instante á Roma, ciudad que fué la morada predilecta de vuestro tío, quien dejó su habitacion del Louvre en París para ir á vivir en su pobre casita de la strada Balbi en Roma. Sabed, querida Cecilia, que M. Vanloo, uno de los discípulos del gran Poussin, os acompañará con la señorita Mauricia. Vuestra madrina se reunirá con vos en Marsella, y gozareis ambas en Roma una felicidad que no hubierais logrado en París ni en Versailles sino á costa de lo que hay de mas caro en el mundo para nosotras: el pudor y la fama.

—Ved lo que escribo al embajador de Francia en Roma, añadió la marquesa tomando una carta de encima de la mesa; oid y sabed las intenciones que abrigo respecto de vos, hija mia.

«Señor embajador: Os confio uno de los nombres mas célebres de Francia y una de las mas hermosas y nobles jóvenes de nuestra patria; su sangre vale tanto como la de los Montmorency y los Choiseul, y su belleza corre parejas con la de las La Valliere y las Chateauroux (1), pero no es mi ánimo que sufra los

(1) Madama de La Valliere, querida de Luis XIV, murió siendo monja carmelita, y la duquesa de Chateauroux, querida de Luis XV, murió en la flor de su edad... víctima de una enfermedad desconocida.

contratiempos—de que ellas fueron victimas. Sed en Roma para ella, señor embajador, un padre, un tutor, un guia y un amigo; dadla un esposo, y que la dote de 50,000 escudos que le aseguro, y que M. Vanloo os entregará de mi parte, forme unida á su nombre uno de los mejores partidos de Europa y del mundo. Fuerza es que Roma, que dió sepulcro ilustre al gran Poussin, dé ahora un esposo á la heredera de su nombre. Confio, señor embajador, en que accederéis á mis deseos, y que hareis por la sobrina de Poussin cuanto desea y hasta exige vuestra servidora la marquesa de POMPADOUR.»

—Señora marquesa! querida protectora exclamó Cecilia arrojándose á los piés de la favorita.

—Decid mas bien vuestra amiga, vuestra madre, añadió la marquesa indicándole su caballo, sus lienzos y el sublime cuadro de la Arcadia de Poussin; ¿no veis que tambien soy de la familia?

—Démonos prisa á partir, señora marquesa, ó de nada respondo, dijo Laverdure que durante la conversacion estaba de atalaya en la ventana.

—Sí, forzoso es que nos separemos, hija querida. Adios! añadió la marquesa estrechándola con ternura entre sus brazos, tal vez no os veré ya mas.... pero mi memoria quedará en vuestro corazon, y esta confianza bastará para mi ventura.

—Y para la mia, señora, pues no puedo consagraros toda mi vida.

Cecilia Poussin bajó llorando de gratitud, y quizás tambien de pesar por salir de Francia, la escalera de mármol del pabellon de los Cisnes, seguida de Vanloo, de la señorita Mauricia y de Laverdure. Al subir con Vanloo á la silla de posta que iba á llevarla á la ciudad eterna, Cecilia vió de lejos á madama de Pompadour que le daba el último adios agitando su pañuelo.

—¡Dios mio, qué buena y qué hermosa es! exclamó la joven enviando un beso á la que la arrancaba de la miseria y la deshonra.

—¡Y qué desconocida está! exclamó el pintor suspirando.

Seis meses despues de haberse separado de madama de Pompadour, la señorita Cecilia Poussin se casó en Roma con el duque de Mo-

rinelli, aliado de los Colonnas y cabeza de una de las mas nobles familias de Pisa.

Voltaire supo en su castillo de Ferney la conducta observada por la favorita con la huérfana de los Andelys, y dijo:

—Aplaudo la noble accion de la marquesa de Pompadour; ha hecho por la sobrina del gran Poussin lo que hice por la del gran Corneille.

FIN.

## VIAJES.

## Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NEVILLE.

(Continuacion.)

Empezaba ya á fastidiarme de vivir en Polonia y á mi capitán le sucedia otro tanto; se habian apurado los recursos del país, y hubiéramos levantado con gusto los reales. Debo deciros que era yo el criado de confianza, el limpiabotas del capitán.

—Mitofan, me dijo un dia, no sé qué pecado habrá cometido nuestro coronel, pues el emperador ha destinado al Cáucaso nuestro regimiento. ¿Sabes la suerte que nos espera durante algunos años? Un servicio penoso, muchos balazos y pocas ocasiones de hacer negocio. He estado tentado á presentar mi dimision, pero serian incapaces de no aceptarla y enviarme á Siberia por haberla presentado, y no me queda mas recurso que resignarme. Haz los preparativos del viaje porque partimos dentro de ocho dias.

Razon tenia el capitán. ¡Qué país tan maldito es el Cáucaso! Figuraos que estando una noche oscura de centinela en una garita situada sobre cuatro maderos de unos setenta piés de altura, que el mas ligero soplo hacia bambolear, y desde cuyo observatorio oscilante observaba lo que pasaba en el campo, oigo de pronto como un rumor sordo de pasos á lo lejos; enciendo en seguida el manojó de paja y resina colgada en uno de los maderos, y hago la señal convenida, por desgracia algo tarde, pues las primeras ráfagas del manojó me in-

dican á los circasianos á pocos pasos del campamento. Sin embargo, como habian de separarse algunos obstáculos antes de llegar á donde estaba el regimiento, todos los soldados tuvieron tiempo para huir á excepcion de algunos perezosos. Yo me apresuré á bajar de mi observatorio, pero aun no habia llegado al último tramo de mi escalera aérea, cuando me veo asido por el capote de uno de los palos. Caí prisionero con otros cien compañeros y fui llevado por los circasianos al mismo *aoul* de Schamyl que mandaba en persona la expedición.

Estuve cerca de tres meses con Schamyl, quien ni una sola vez me dirigió la palabra. Es verdad que no menos taciturno era para todos sus compatriotas. Para impedir mi fuga solo me dejaron, con perdon sea dicho, la camisa; pero por fortuna estábamos en verano, no me hacian trabajar, y era absolutamente libre de pasar el rato como se me antojaba. Semejante vida era poco agradable, y veia llegar el invierno con terror pensando en lo liviano de mi traje, cuando una mañana trajeron á mi oído los ecos del monte el estruendo de la fusilería. Creí que era un ataque de los nuestros, lo cual no me dió gusto que digamos, pues temí que los montañeses empezarian la acción desembarazándose de mí con una bala, pero solo se trataba por fortuna de saludar el regreso de cierto número de prisioneros circasianos que cangeaban con nosotros. Verificáronse las formalidades de costumbre en la entrada de la aldea; nos devolvieron el vestido y di un adiós alborozado á Schamyl y á su *aoul*. Estábamos ya á primeros de setiembre y no me hubiera gustado por vida mia presentarme por mas tiempo en camisa á arrostrar la brisa fresca del Cáucaso.

El capitán Jacowitz era en el fondo un hombre de bien para los que le conocian como yo. Sentia el mayor placer al pensar que iba á volverle á ver y mi primera diligencia fué pedir noticias suyas. Respondiéronme que le hallaria muy bueno en Tiflis donde el regimiento estaba de guarnición, y á cuyo punto habíamos de llegar probablemente á los diez ó doce dias si las lluvias no interceptaban los caminos ni hacian salir de cauce los torrentes. Nada de esto sucedió, y en la mañana del décimo dia y con un hermoso sol de setiembre entramos triunfalmente en Tiflis. Despues de haberme aseado como debia, me informé del alojamiento del capitán: ocupaba en el cuartel un reducido pabellon que me designaron en un extremo del patio. Delante de la puerta se veia un soldado que, cepillo en mano, estaba limpiando con diligencia un par de botas.

—¿Puedo ver al capitán Jacowitz? le pregunté.

El soldado levantó la cabeza, y lancé una exclamacion de sorpresa:

—Mi capitán!

—El mismo, me respondió; ya lo ves, amigo Mitofan, me han degradado, estoy condenado á servir de soldado raso! El que me ha reemplazado, que es un buen muchacho, me ha tomado por asistente, y mis nuevas ocupaciones me distraen y hacen que sea mas llevadera mi triste situacion. ¿Qué te parecen estas botas? Crey que brillan algo mas que las que salian de tus manos cuando desempeñabas bajo mis órdenes el noble cargo de proveedor de confianza. Veo que te asombra el hallarme en situacion tan honrosa, aunque poco brillante, continuó Jacowitz; pero todo se reduce á necios escrúpulos del general inspector, á quien se le puso en el majin que vendia yo los cartuchos que se me entregaban y los reemplazaba con otros de aserraduras de madera, y por esta nimiedad me condenó á ser degradado y á continuar de soldado raso en el servicio. He dejado mis charreteras sin abochornarme, amigo Mitofan, porque al menos me queda la vanagloria de hallarme, bajo cualquier título, en las filas al lado de valientes como tú, y por otra parte dicen que va á llegar muy pronto el nuevo inspector, que conociendo mas á fondo las exigencias de la vida militar y los verdaderos intereses del ejército, me hará justicia y pronto dejaré á no dudarlo el cepillo por la espada. Entre tanto, amigo Mitofan, te doy mi parabien por tu vuelta: has escapado de las

balas y los yataganes de los circasianos, y puedes cantar victoria.

Ya veis que el capitán Jacowitz se resignaba heroicamente á su nueva posicion. Pero no sucede lo mismo con todos los que se hallan en semejante situacion. El número de oficiales que degradan y á los cuales cargan con el fusil es muy considerable. Antes de 1830 teníamos por corneta en el regimiento un jóven de diez y ocho años perteneciente á una noble familia polaca; no sé por que falta de disciplina fué citado ante el consejo de guerra que le condenó á servir por tiempo ilimitado de soldado raso; estuvo preso tres meses sin armas en el calabozo, y el corneta se sometió sin quejarse á tan terrible sentencia: sacáronle del calabozo, le pusieron el uniforme de soldado raso, y le colocaron de centinela á la puerta del general. Yo me hallaba casualmente de centinela con él y ocupábamos cada uno un lado de la puerta del palacio del gobernador. A las nueve tocaron los tambores, el general bajó para mandar la parada y salió por la puerta; yo le presenté las armas como era mi deber, pero mi compañero en vez de imitarme le traspasó de un bayonetazo. El general exhaló un gemido y cayó con una herida de cinco á seis pulgadas de profundidad en el pecho. El corneta esperaba con los brazos cruzados que fueran á prenderle, y ocho dias despues sufrió tres carreras de baquetas de todo el regimiento. A la tercera fué preciso ponerle en un carretón que dos soldados arrastraban entre las filas, y murió sin exhalar una queja.

No esperaba en vano el capitán Jacowitz; otro general le devolvió las charreteras, y partimos á una expedición en el Kouban. Funesos presentimientos asediaban á Jacowitz en el momento de partir, de modo que hizo su testamento.

—Mitofan, me dijo, no volveré de esta expedición, y lo único que deseo es no caer vivo en manos de esos infames que nos dejan en camisa.

Logró su postrer deseo; una bala disparada detrás de un peñasco le dió en el pecho al pasar el desfiladero de Gourah. Como andábamos por un sendero muy estrecho, flanqueando un inmenso precipicio, el cuerpo del capitán cayó en el abismo donde solo habian de hallarlo las aves de rapiña.

Viéndome privado de mi protector, conocí que habia acabado para mí la carrera militar y que nunca adornarian las mangas de mi capote los galones de sargento, de modo que seguí en el regimiento por hábito, y no me acordaba siquiera de que llegaria tal vez el momento de salir de sus filas, cuando el dia me nos pensó el coronel me mandó llamar en compañía de otros cien mas.

—Compañeros, nos dijo, hace veinte años que llevais el fusil, el Estado está muy satisfecho de vuestros servicios, de que no necesitáis por ahora, y os envía á vuestros hogares.

Algunos oyeron lo que decia sin entender una palabra.

—¿Podeis dejar el regimiento cuando gustéis.

—¿Y á dónde iremos? preguntaron mis compañeros.

—A donde queráis; sois enteramente libres, pero con una condicion; vais á jurar por los santos Evangelios que no os dejareis crecer nunca la barba ni pedireis limosna.

—Todos prestamos el juramento.

—Compañeros, os deseo feliz viaje y perfecta salud!

Pocos ahorros podíamos haber hecho, como ya podeis figuraros, con nuestros cinco rublos de paga al año, de modo que creo tenia un rublo en el bolsillo y era el mas rico de todos.

Cuando estuvimos solos en la calle, nuestro impulso fué naturalmente alargar la mano al primer transeunte que encontramos, y yo casualmente di con el príncipe Nazumoi.

—¿No sabes, me dijo, que incurres en un grave delito pidiendo limosna? ¿no sabes que faltas á tu juramento, y que si llegase á oídos del ipranovitch irías á las minas de Siberia?

—Me harian un gran favor en enviarme, porque allí al menos no me moriria de hambre. Mirad, hé aquí en que consiste todo mi caudal.

Y le enseñé mi rublo de plata.

—¡Un rublo de águila! un año ha que estoy

buscando uno, que hace falta en mi coleccion. En cambio de ese rublo te doy diez y te tomo á mi servicio.

Ya podeis figuraros que no me haria repetir dos veces la oferta y que la aceptaria sin vacilar. Merced á mi antiguo rublo, no podia ya perecer de miseria. ¡Qué bien hice en guardarlo! No en vano me habian dicho siempre que aquel rublo seria iman de otros muchos.

## X.

He presenciado ya un bautismo y un entierro, y la casualidad me ha hecho testigo de un casamiento ruso. El *staroste* (anciano) de la aldea enlazaba su hija con el hijo de uno de los aldeanos mas ricos del contorno. Se ha celebrado la fiesta á poca diferencia como se practica en Francia con banquetes, bailes y cantos. Los aldeanos rusos son muy aficionados á la música y cantan con mucho acierto melodías de un carácter dulce y melancólico que sorprende, y sus danzas tienen mas animacion, aunque no presentan el bullicio y alegría que los bailes polacos. Para dar mas brillo á la fiesta habian convidado á unos gitanos, que despues de comer y para dar animacion á todo el mundo, han hecho alarde de su coreografía y de su música. No puede darse nada mas elegante que los ademanes de aquellos hombres y mujeres de tez cobriza, con ojos negros y ligeramente matizados de amarillo, y aun me parece estar viendo una gitana de unos diez y seis años, que á pesar de los ruegos y amenazas del jefe de la cuadrilla, estaba en un rincon y se negaba á tomar parte en los ejercicios de sus compañeros. Componia todo su adorno un vestido blanco atado por la cintura con una banda encarnada, un largo alfiler de oro sujetaba sus abundantes cabellos; su nariz aguileña, de ventanas movibles y sus dientes blancos bajo labios de carmin formaban un conjunto de fisonomía difícil de echar en olvido. Conociendo sin duda el viejo gitano la inutilidad de sus esfuerzos la dejó por fin en paz; pero de pronto cuando nadie reparaba en ella, la vimos lanzarse al corro gritando: *Jivo! jivo!* (vivo! vivo!) Dió dos vueltas á la sala bailando, y tomando despues una guitarra, cantó con voz vibrante y resuelta una cancion gitana que produjo en sus compatriotas un efecto tan eléctrico, que se pusieron á saltar á mas y mejor mientras los sonidos de la guitarra se mezclaban con el rumor de las pesadas gargantillas de ámbar que se agitaban sobre los hombros de las bailarinas.

Llegó la hora de retirarse; el padre tomó de la mano á la desposada y se la entregó á su marido, y la pareja se inclinó ante él. Entonces tomó el *staroste* un manojito de varas, se lo dió á su yerno como simbolo de la autoridad paternal que pasaba en adelante á sus manos, y la desposada se sonrió maliciosamente durante esta ceremonia, dando á entender que no tenia miedo de ser castigada.

El príncipe Nazumoi, aparte de su mando, está encargado de la inspeccion general de las milicias, lo cual nos obliga á detenernos en muchos pueblos y ciudades. Hoy hemos llegado por fin á Odessa, pero solo permaneceremos algunas horas en esta ciudad mercantil, que no es mas que un vasto campamento, y nos embarcaremos para Nicolaieff donde el príncipe ha de ver al emperador y presentarle su informe.

Gracioso es en extremo el aspecto de Nicolaieff con sus casas blanqueadas y sus largas calles de álamos que se retratan en la cristalina corriente del Bug; esta ciudad, que debe su importancia á sus arsenales, donde se ocupan mas de doce mil trabajadores, presenta en la actualidad un aspecto muy animado con motivo de la presencia del emperador. Un gran número de habitantes han cedido sus casas á los dignatarios de la corte, los cuales van acompañados de una numerosa servidumbre, y están acampados en chozas de madera construidas junto á las fortificaciones. Acabamos de cruzar esta ciudad improvisada para ir á visitar las ruinas de Olviópolis, colonia milesiana fundada quinientos años antes de la era cristiana, segun me ha dicho el príncipe, quien no ha desistido á pesar de su cargo de su afición á las antigüedades, y confia ser tan afor-

tunado como algunos viajeros que al explorar estas ruinas hallaron un gran número de monedas é inscripciones.

Los buques construidos en Nicolaieff bajaban en otro tiempo por el Bug hasta una aldea llamada Glonboki, en cuyo punto, y sobre almadias llamadas *camellos*, eran arrastrados hasta el mar Negro, donde los remolcaban hasta Sebastopol que era el puerto de su armamento. Aunque no entiendo mucho de estrategia, me parece que las posiciones rusas que han tomado los aliados en Kimburn imposibilitarán en lo sucesivo estas operaciones.

La semana pasada subimos por la corriente del Dnieper en un schiaick cosaco hasta las Poroghis (cataratas), que no pueden superarse en barcas construidas expresamente sino en la época de las avenidas, que se verifican en la primavera cuando se derriten las nieves, y hoy mismo partimos á Kerson, capital del gobierno de su nombre. Este país produce una gran parte del grano que constituía la principal riqueza del comercio del mar Negro, y lo habitaban antiguamente los tártaros Nogais, que la política rusa trasportó en masa á las regiones limítrofes del Cáucaso. La población de Kerson forma la mezcla mas heterogénea que pueda imaginarse de rusos, armenios, judíos, italianos, alemanes, búlgaros y hasta franceses. En este punto volví á ver por vez primera el uniforme de nuestro ejército; cruzaba por la ciudad un destacamento de prisioneros franceses que iba á Odessa. Me pareció que no los trataban mal, pero no permitían que nadie se acercase á hablarles. El aspecto de mis pobres compatriotas me ha llegado al alma, y me he encerrado en mi aposento para llorar con libertad.

Kerson debe su fundación á Catalina II que mandó construirla en 1788; su porvenir era entonces muy brillante, pero la fundación de Odessa le quitó poco tiempo despues toda su importancia. Sus edificios están casi arruinados, sus calles desiertas y sus plazas abandonadas; sin embargo, mirada desde lejos formando un anfiteatro sobre las orillas del Dnieper con sus campanarios, sus torres y sus edificios, parece una ciudad magnífica y populosa. Los judíos expulsados de Sebastopol y de Nicolaieff se habían refugiado en Kerson, donde en tiempos normales forman ya una parte notable de las cinco ó seis mil almas que componen la población de la ciudad. El repugnante desaseo de estos infelices y el de sus mujeres y sus hijos hacen muy poco grata la permanencia en Kerson, de modo que acabo de saber con la mayor alegría que mañana partimos para Perekop.

El cielo está despejado, y brilla un sol radiante; acabamos de hacer alto en medio de la estepa entre Kerson y Perekop; la princesa está indolentemente recostada sobre una alfombra, y el príncipe rodeado de servidores armados de palas y azadones, se prepara á abrir un kurgan. Se dá este nombre á unos monumentos de unos quince piés de altura, que sirven de sepulcros á los antiguos escitas, y en los cuales se hallan con frecuencia monedas, alhajas, armas y especialmente esqueletos. Sentado sobre una maleta, dirijo mis miradas en torno de la inmensa soledad donde solo veo por todos lados nieve y sepulcros.

Hemos tomado un guía para cruzar el desierto; es un pastor de unos quince años de edad, que nunca ha salido de la estepa y juzga que no existe nada tan bello como la llanura donde ha nacido. Es divertido oírle ensalzar en su sencilla admiración los encantos de su yerma patria; cuando el Dnieper anuncia á fines de marzo con sordos estampidos que va á salir de su cárcel de hielo, la estepa empieza á cubrirse con su verde manto; algunas veces se reproducen las heladas, la nieve blanquea la naciente verdura y el invierno vuelve á tomar posesión de su imperio; brotan entonces de su seno mil plantas y flores que se apresuran á abrir sus capullos y sus cálices y á embalsamar el ambiente; la alondra cauta en su nido oculto en la espesa yerba, el tordo de las estepas cruza con vuelo rápido sobre los arbustos mecidos por el viento, y corren por entre los matorrales las liebres y los conejos. Plantas y animales se apresuran á gozar de los encantos de la estación florida, porque

la primavera es de corta duración en la estepa, y el árido verano reemplaza sus tres semanas escasas de frescura, de sombra, de aromas, de flores y de frutos silvestres; el sol abrasa en pocos días la llanura, y todo se marchita, se seca y muere como en el desierto de la Libia. El pastor, apoyado sobre su cayado y alzando su ancho sombrero de fieltro, distingue entonces algunas veces á lo lejos un negro y espeso torbellino de humo que sube al horizonte, y el viento que lo azota hace brillar á intervalos una roja llamarada que va avanzando. Los campesinos han encendido la hoguera que ha de barrer el suelo y producir nuevas praderas, mas el fuego indócil no se contiene en los límites que se le señalaron, é impelido por el viento, cruza el espacio sin que nada pueda detenerlo, y devora ganados, reñiles, casas y cuanto encuentra á su paso.

Una parte de las estepas está cultivada, pero en general la escasez de las lluvias, la falta de fuentes y pozos y los vientos abrasadores se oponen al progreso de la agricultura. Solamente las orillas de los ríos están cultivadas; sin embargo en el fondo de algunos barrancos grupos de árboles abrigados de los vientos forman verdaderos oasis en medio del desierto.

El príncipe ha dado fin á su excavación que ha sido infructuosa.

—Ya debí figurarme que estos kurganes de la estepa darían poco resultado. ¡Qué diferencia con los de Crimea que tan ricos son en objetos artísticos! Esto se concibe fácilmente, porque las colonias milesianas esparcieron la opulencia y el buen gusto en las bellas artes por la península Táurica; pero ¿qué hemos de esperar de aquellos pobres escitas nómadas que nada sabían y que solo vivían del producto de sus ganados?

Nuestro stepniak llega corriendo é interrumpe la disertación del príncipe.

—El boura! exclama, el boura!

—¿Y qué es el boura, muchacho?

—Pronto lo sabreis, barina: á duras penas tendremos tiempo de llegar al albergue mas cercano; huyamos al momento!

Nuestros criados, mas familiarizados que nosotros con el lenguaje de las estepas, están ya en pié, y la princesa consiente en volver al coche. Finalmente nos ponemos en camino precedidos del pastor que se apoya en un palo mas alto que él.

Un profundo silencio reinaba en la estepa, negros nubarrones entoldaban el cielo, y ligeros torbellinos de nieve reducida á polvo por el frío nos cubrían con una lluvia helada. A los pocos pasos los torbellinos eran mas repetidos y fuertes, un viento agudo y seco silbaba sobre nuestras cabezas y las tinieblas eran cada vez mas intensas. Llegó un momento en que nos vimos obligados á hacer alto; el guía había perdido el camino. Afortunadamente se oyeron relinchos de caballos.

—El tabun! dijo el stepniack; estamos salvados!

En efecto, despues de haber pasado junto á unos caballos cuyos relinchos y trotes oíamos, entramos en el patio de una casa donde pedimos hospitalidad justamente en el instante que el huracán se desencadenaba con toda su furia en la estepa.

El dueño de la casa, que nos recibió con la cordialidad mas sincera y solícita, era uno de esos propietarios stepniacks que se dedican á la cria de carneros merinos, y cuyas haciendas tienen á veces tanta extensión como muchos principados de Alemania ó de Italia. A sus ganados añaden tambien yeguerías, y acabamos de pasar cerca del *tabun*, ó paraje donde se reúnen los caballos para pasar la noche custodiados por los pastores.

—Creo que la borrasca se calma, nos dijo nuestro huésped, mientras reunidos en torno de una mesa tomábamos una taza de té; á Dios gracias habrá durado poco el boura. Fortuna habeis tenido en llevar por guía á ese muchacho, que ha sido pastor mio mucho tiempo, pues si os hubiera sorprendido el huracán, quién sabe lo que seria de vosotros.

—Poco agradable es vuestro boura, dijo la princesa; pero me alegro de que me haya proporcionado el gusto de conoceros. ¿Ha sido muy terrible la borrasca?

—¡Oh! con frecuencia se repiten con mucha

mas violencia; el año pasado especialmente estalló un boura que derrocó aldeas enteras y sorprendió un destacamento que cruzaba la estepa dirigiéndose á Sebastopol. Al dia siguiente se hallaron mas de cien cadáveres sobre la nieve. Hoy no habrá causado tanto estrago habiendo durado tan pocas horas; la estepa ha recobrado ya su silencio y tranquilidad.

—¿Qué significa pues ese estruendo? preguntó la princesa.

—No hagais caso, señora; es la cantinela habitual de los lobos.

—¿Y cuál es el objeto de su gritería?

—Vienen con intento de devorar los caballos.

—¿Y con esa calma permanecéis aquí? No permitiré que tan traidora y ruin fiera ataque á la puerta de vuestra casa un animal tan noble como el caballo. ¡Qué divertida ha de ser la caza del lobo! Dadme una escopeta, corramos en auxilio de esos pobres caballos.

—Es inútil, señora; ellos solos bastan para defenderse.

—¿Contra los lobos?

—Sí, señora; y por los aullidos que oigo en este instante, puedo asegurar que los señores lobos han recibido la acogida que se merecian y que no tardarán en alejarse. ¿No os parece que se oyen ya á mayor distancia sus aullidos?

—Es cierto.

—Pronto dejaremos de oírlos.

—Pues ¿qué ha sucedido?

—Una cosa muy sencilla. Cuando los lobos se presentan, los caballos se reúnen formando un círculo y colocando los potros y los enfermos en el centro, y por todos lados hacen frente al enemigo. Los lobos van dando vueltas en derredor del batallón circular buscando obstinadamente una brecha para penetrar en el centro. Si alguna de estas fieras se lanza violentamente excitada por la gula, en el momento siente sobre su cabeza los piés de uno de los caballos y pronto es magullada por los nobles y esforzados defensores. Puedo aseguraros que, segun el tono particular de los aullidos que acabamos de oír, los señores lobos han tenido que dejar algunos de los suyos en el campo de batalla.

—Si pudiéramos ir á verlo! exclamó la princesa.

—Será muy fácil, respondió nuestro huésped. Petrowitz, saca al momento antorchas! Saldremos cuando gustéis.

Nos dirigimos hácia el tabun escoltados por Petrowitz y otros varios criados que llevaban antorchas de resina, á cuya rejiza luz los caballos empezaron á galopar en todas direcciones, agitando sus largas crines iluminadas por tibios reflejos. Unicamente dos caballos permanecieron cuando llegamos inmóviles y alzando su cabeza llena de ardor é inteligencia; parecía que nos enseñaban el cadáver informe de un lobo que uno de ellos pateaba aun con ademán triunfante y desdenoso.

Al dia siguiente nos levantamos al despuntar el alba, y despues de dar las gracias á nuestro huésped, continuamos el camino de Perekop al través de las estepas.

Extiéndese entre el Dnieper y el istmo la inmensa llanura habitada en otro tiempo por los Nogais y los Zaporogos (de *Za*, cerca de, y *Poraki*, catarata), cuyo jefe habia fijado su residencia al pié de las cataratas del Dnieper. Los Zaporogos formaban una especie de república guerrera en la que no eran admitidas las mujeres; sus jefes eran electivos, y sus poderes no tenían mas duración que cada una de sus expediciones. La historia militar del siglo xvi presenta numerosos relatos de sus hazañas; sometidos por Catalina II, segun me ha dicho el príncipe, fueron trasportados á las orillas del Kouban, donde les obligó á combatir con los circasianos, y sus hijos existen aun en este país con el nombre de *Tchernomorski*, ó Cosacos del mar Negro (*Tcherni*, negro, y *more*, mar). Algunos de sus sotnias combaten en las filas del ejército ruso en Crimea.

Los tártaros Nogais ocupan aun algunos puntos de las estepas, donde se hallan tambien aldeas habitadas por griegos, armenios y alemanes. Hemos cruzado por las colonias alemanas, cuyo aspecto contrasta notablemente con la fisonomía bárbara del resto del país. Estas



Parecía que nos enseñaban el cadáver informe de un lobo que uno de ellos pisoteaba. (Pág. 167, col. 3).

aldeas han de ser muy encantadoras en el verano con sus blancas y aseadas casas, sus sótanos plantados de árboles, sus huertos y sus jardines.

Al entrar en una de estas aldeas, sus habitantes salían escoltados por dos destacamentos de cosacos mandados por un oficial superior que conocía al príncipe, y el cual nos dijo que las gentes que conducía no eran alemanes, como en un principio habíamos creído, sino rusos que, seducidos por la prosperidad de los colonos alemanes, casi todos anabaptistas y mennonitas, se habían convertido á sus doctrinas, crimen imperdonable para el czar ortodoxo.

—¿Y á dónde los conducís? preguntó el príncipe.

—Al Cáucaso, respondió con indiferencia el jefe de los destacamentos, y al mismo tiempo se despidió del príncipe.

Los proscritos desfilaron por delante de nosotros con actitud pacífica y resignada; únicamente lloraban algunas mujeres y dos ó tres ancianos. Todos volvieron el rostro para lanzar la postrera mirada á la aldea y se pusieron en camino entonando un cántico religioso. Durante algun rato oímos su canto grave y melancólico, pero poco á poco fueron debilitándose las voces hasta que solo llegó á nuestros oídos un eco lejano que se perdió en la inmensidad de la llanura.

(Se continuará.)

## LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuación.)

255. ¿Por qué la torcida se vuelve negra cuando arde?

Porque se compone casi enteramente de carbono.

256. ¿Por qué cuando se corta la punta de la torcida, al arrojarla al suelo deja ver una chispa brillante?

Porque el carbono de la torcida se pone en contacto inmediato con el oxígeno del aire.

257. ¿Por qué poniendo la vela boca abajo se apaga?

Porque la grasa derretida corre con demasiada rapidez y con una temperatura demasiado baja para sufrir la combustión. Esto reduce el calor y apaga la llama.

258. ¿Por qué es más difícil apagar, soplando, la llama de una vela que tenga la torcida de algodón que la que la tiene de junco?

Porque la de algodón se empapa más de los materiales del combustible, reteniendo en su floja textura los gases inflamables en un estado preparado para la combustión.

259. ¿Por qué soplando con fuerza la llama de una vela se apaga en seguida?

Porque el soplo se lleva el vapor de la grasa, el cual, volviéndose gaseoso, sostiene ó alimenta la llama.

Y porque una corriente demasiado rápida de aire frío hace bajar la temperatura á un punto en el que no puede mantenerse la combustión.

260. ¿Por qué si se sopla suavemente el pábilo después de apagado se enciende otra vez?

Porque el oxígeno del aire se combina con el carbono y el hidrógeno que se desprenden aun de la torcida y vuelve á inflamarla.

261. ¿Por qué un soplo igual de aire no volvería á inflamar la llama de una vela con torcida de junco?

Porque guarda poco calor y contiene comparativamente una corta cantidad de materia combustible en estado volátil.

262. ¿Por qué soplando un fuego poco encendido se apaga algunas veces?

Porque la corriente demasiado rápida de aire frío reduce la temperatura de la masa que arde.

263. ¿Por qué un pedazo de papel rollado en forma de cucurucho apaga una vela?

Porque antes que la llama tenga tiempo de encender el papel, se ha consumido el oxígeno que contiene dentro y la llama queda ahogada.

264. ¿Por qué las velas de sebo necesitan despabilarse?

Porque el oxígeno del aire no puede llegar hasta la torcida á través de la llama, y esto hace que el carbono que queda sin consumir se acumule sobre ella.

265. ¿Por qué no hay necesidad de despabilar las bujías ni los cirios?

Porque sus torcidas se componen de una serie de trenzas que pudiendo recibir el oxígeno del aire las consume enteramente.

266. ¿Por qué poniendo un cristal encima de una lámpara arde con más brillantez á pesar de que acorta la llama?

Porque conduce un aumento de aire á la llama, y la mayor cantidad de oxígeno hace que se consuma rápidamente todo el vapor que se escapa del aceite.

267. ¿Por qué una vela produce un resplandor opaco cuando la torcida se ha cargado de carbono?

Porque el carbono radia el calor y lo esparce, reduciendo así el calor de la llama á una temperatura más baja de la que es esencial para su resplandor.

268. ¿Qué diferencia caracteriza la combustión del carbono y la del hidrógeno?

La combustión del carbono se efectúa sin producir llama. El carbon vegetal (ó carbono en cualquiera otra forma) calentado al rojo, entra inmediatamente en combinación con el oxígeno del aire inmediato, y el gas ácido carbónico, siendo invisible, se escapa desapercibidamente.

Pero en la combustión del hidrógeno el calor desarrollado es tan intenso que hace que el gas se vuelva luminoso, lo mismo que el hierro puede ser calentado hasta el calor rojo ó blanco.

(Se continuará.)

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.